

## Roma y la filosofía: una introducción

*Eikasía, Revista de Filosofía*

Recibido 30/09/2023

Este número especial de *Eikasía Revista de filosofía* ha sido coordinado por Román García Fernández (Dr. F.<sup>a</sup>/PHD y editor de *Eikasía*) y por José Ignacio San Vicente (Dr. H.<sup>a</sup> y profesor titular en Historia Antigua en la Universidad de Oviedo) y está dedicado a una época en la que la filosofía se transforma, como la misma Roma. La filosofía no era nueva en la península Itálica donde ejercieron su labor filósofos de la talla de Pitágoras de Samos (c. -570 a c. -490), Parménides de Elea (entre el -520 y el -430) o Empédocles de Agrigento (aprox. -495 a -435), que habían contribuido de forma significativa al surgimiento de la filosofía griega. Sin embargo, sobre estos dos siglos anteriores a la era cristiana, y a nuestro entender todavía poco estudiados a pesar de los intentos realizados en la década pasada, se ha vuelto a correr un velo oscurantista. Es cierto que la escasez de los textos dificulta la tarea de hacer estudios serios basados en evidencias, pero también debemos denunciar los esfuerzos basados en presupuestos no filosóficos enfocados a presentar esa época como oscura a fin de resaltar la siguiente que deja mucho que desear y es, en gran medida, la responsable del expurgo de esos textos que tanto echamos en falta. En especial de los materialistas, como se sabe, lo que no impidió que muy temprano se empezase a producir la asimilación de esa filosofía griega por parte de la religión hebrea configurando la futura religión del Imperio y algo más. Como pormenorizadamente nos muestra el profesor Miguel Pérez Herranz en su análisis de la figura de Filón de Alejandría, —autor central a su juicio en la «primera gran revolución filosófica» sobre el modelo de la filosofía clásica—, esta operación trastocará el lugar del Logos, que resultará en mediador entre el Libro y el Mundo en una matriz para desarrollar la filosofía cuya potencia llega hasta nuestro presente. Una cosa por la otra, parece.

La idea de la *philosophia perennis* basada en el mito de las Edades de Hesíodo, se sigue manteniendo en distintas versiones, la época dorada de la filosofía se ve degradada por el practicismo romano. No han faltado tampoco interpretaciones de

marcado carácter ideológico que han extrapolado concepciones o situaciones contemporáneas a contextos sociales muy diferentes, entendiendo las organizaciones soteriológicas y las estructuras políticas de *fratría* como partidos políticos. Y por último, es habitual la confusión entre los conflictos sociales y los conflictos de clase.

Sin embargo, a pesar de esa escasez textual que ya conocemos, se puede establecer claramente que en esta época se produce una transformación en la filosofía —de un calibre distinto al explorado por Pérez Herranz pero paralelo en su desarrollo (al fin y al cabo, Filón de Alejandría también acusa el golpe de mano de los romanos sobre el mar Mediterráneo: vive en ese cambio)—, tanto porque se adapta a la nueva situación cosmopolita que surge tras el fin de la ciudad griega, como porque Roma necesita una nueva cosmovisión al encontrarse con un vasto imperio tras las guerras púnicas que supere la visión localista de la minúscula República y sea capaz de gestionar el *mare nostrum* como nos deja traslucir Polibio (*Historias*, I, 2, 7). Los jóvenes aristócratas que desean prosperar como funcionarios en la administración del Estado ven la filosofía como la estructura básica de formación integral tanto en retórica —para sus intervenciones públicas—, como en ciertas habilidades para la gestión pública, la formación matemática, la ingeniería y la organización militar. Esta asimilación de la filosofía no se produce de una forma armónica y tiene que desplazar las viejas concepciones, más conservadoras, que quieren volver a las esencias del pueblo romano, como es el caso de Catón el Viejo y el *mos maiorum*. Una contradicción que Marco Tulio Cicerón vive en carne propia y a la que dedica muchos esfuerzos en su intento de disolverla. Estas y otras cuestiones quedan debidamente revisadas en la aportaciones de J. I. San Vicente, como se verá.

Desde el punto de vista interno la filosofía romana no sólo adquiere relevancia por las aportaciones mencionadas a la República, sino por establecer un diálogo con la filosofía presocrática y con la filosofía clásica griega, cuestión que se ve reforzada sobre todo con la victoria de Pidna (-168) y por el consiguiente traslado a Roma de la biblioteca heredada por Perseo de los reyes macedónicos. Biblioteca que quedó integrada, como el propio Polibio de Megalópolis, y a disposición del círculo de los Escipiones por decisión de Emilo Paulo, el vencedor de la batalla y padre natural de Escipión Emiliano.

Dos de las figuras que juegan un papel muy relevante en el desarrollo de esta época, van a ser Panecio de Rodas (ca. -185 a -109) y Tito Lucrecio Caro (-99 a -55), quienes no sólo adaptan la filosofía griega a las necesidades romanas (no son los únicos, desde luego: al mismo tiempo que Lucrecio escribe, en Herculano vive y trabaja la comunidad epicúrea de Filodemo de Gadara, a instancias, parece, de Lucio Calpurnio Pisón), sino que transforman el estoicismo y el epicureísmo en diálogo con las escuelas rivales: académicos y peripatéticos, pero también con cínicos y escépticos. Nos ha parecido importante en tal contexto de penuria textual la publicación digital de los fragmentos que sobre Panecio editara H. N. Fowler hace más de un siglo. Recuperamos el texto original en latín, pero se ofrece también su traducción en un intento de acercar su figura y filosofía al público general. Hemos mantenido la versión original que incluía los fragmentos de Hecatón (también de Rodas), aunque sólo hemos traducido los de Panecio. Las razones pueden leerse en la introducción que los acompaña, si bien desde nuestra editorial aspiramos a realizar una edición de estos fragmentos pero incluyendo además las aportaciones de las ediciones más modernas. Así mismo, adelantándonos al proyecto, se presentan cinco tablas sobre las correspondencias entre las ediciones existentes y las referencias a las fuentes que pueden ser de interés para aquellos que deseen seguir profundizando en los textos.

En la misma línea se presenta la traducción de los dos primeros libros del *De rerum natura* de Lucrecio con traducción original para esta publicación de la profesora Covadonga Ordás, y cuya justificación puede leerse también en la correspondiente introducción. Adelantamos que esta edición latina y su traducción al español presentan innovaciones: por una parte, las enmiendas de Serafín Bodelón a partir de los códices españoles conservados (*valentianus* y *caesaragustanus*); por otra, la traducción de Covadonga Ordás pretende mantener un espíritu más cercano a las intenciones de Lucrecio que se concretan, según creemos, en la huida tanto de un lenguaje rebuscado —como rechazaba el autor y el epicureísmo en general—, como de la traducción automática de palabras latinas por términos griegos que intencionadamente no son utilizados por Lucrecio.

Nos ha parecido interesante para completar la visión que aportamos aquí del epicúreo romano reeditar dos textos de Serafín Bodelón que creemos gozan de interés en algunos de los debates que se siguen manteniendo sobre la obra del autor. Así,

incluimos un artículo sobre la tradición lucreciana que aporta información sobre la transmisión del texto y justifica en gran medida las correcciones que se proponen para los libros I y II. El segundo texto tiene que ver con una cuestión que no abordan los dos primeros libros, pero que está íntimamente relacionada con la concepción ontológica de los mismos, como es el tema de la visión y su deuda con el *De sensibus* de Teofrasto. En esta cuestión Bodelón se enmarca dentro de la interpretación de D. Sedley sobre la deuda lucreciana con Teofrasto.

Destacado esto, hemos optado por una presentación cronológica de las aportaciones y en un segundo nivel, temática. Comenzamos pues con el trabajo de Juan José Riaño Alonso acerca de la temprana influencia de Heráclito de Éfeso que se puede rastrear en la legislación romana prístina —en la ley de las Doce Tablas— a través de un compatriota que habría compartido su filosofía, Hermodoro de Éfeso, y por cuyos servicios la naciente República le habría erigido una estatua en el Foro. Una influencia que se da en el marco del paso de la oralidad a la escritura y en el proceso de laicización general de la filosofía y el derecho que comienzan en torno al siglo -V. No se nos debe escapar la importancia de que se señala aquí una vía de entrada directa de la filosofía griega en Roma —lejos de suposiciones razonables sobre la cercanía geográfica que encontramos en trabajos como el meritorio acercamiento de Adolfo Levi— y que sería anterior tanto a la llegada de Polibio de Megalópolis (-167) como a la embajada de Atenas en -155.

A continuación insertamos un bloque de estudio sobre el estoicismo en Roma que pivota en torno a la figura de Panecio de Rodas, del que ya hemos hablado y, de otro lado, en torno a Marco Tulio Cicerón (-106 a -43). De este polígrafo insustituible —traductor de diálogos platónicos, compositor de obras a la manera filosófica griega y defensor de las aportaciones de la filosofía a la política romana— nos habla el profesor José Ignacio San Vicente González de Aspuru en sendos artículos. En el primero repasa con experticia la trayectoria política y filosófica de Cicerón mostrando los fosos, pero sobre todo los nexos, entre ambas a lo largo de su producción escrita. En un segundo acercamiento analiza un ejemplo de uso de la filosofía griega en política de la mano del Arpinate en su particular cruzada contra Marco Antonio, objetivo de las *Filípicas* y sus insultos y en donde se opera una inversión de las virtudes cardinales tomadas y fijadas por él de desde la filosofía académica griega. A este recorrido del

profesor San Vicente, en el que afloran los combates por la República pero también por la filosofía (contra los epicúreos, principalmente) y en la búsqueda de un *estoicismo sostenible* (en expresión de Esperanza Torrego Salcedo), traducimos de la mano del latinista Francisco Rodríguez Menéndez dos artículos del historiador Gaston Boissier (1823-1908). Boissier fue historiador contemporáneo de Renan o de Fustel de Coulanges y con ellos renovó los estudios de la Antigüedad romana de finales del XIX y principios del XX, por su estilo y su atención a las fuentes literarias ha pasado a la historia y su trabajo *Cicerón y sus amigos* (1867) aún se lee con provecho (tal es así que recientemente ha sido reeditado en español y sigue figurando en muchas bibliografías académicas). De la *Revue des Deux Mondes* —que todavía sigue en funcionamiento y que tal vez sea la más antigua de Europa en activo<sup>1</sup>— se traduce este trabajo en dos artículos (1906 y 1907) sobre la idea de *humanitas* en Cicerón, central en su pensamiento aristocrático que él mismo atribuye al círculo de los Escipiones y epítome del *savoir faire* de un excelente historiador.

Otra de las grandes corrientes en Roma es sin duda el epicureísmo, de cuyas aportaciones ya hemos hablado. Sí nos gustaría dejar constancia en este punto de que estos trabajos se incluyen en homenaje a Serafín Bodelón, investigador y profesor de la Universidad de Oviedo, de la mejor manera posible: usando sus aportaciones y difundiendo sus textos.

Cerramos el número con el excelente y ya mencionado trabajo de Fernando Miguel Pérez Herranz y con la rigurosa aportación de Eugénio Lopes que redondea la visión ofrecida sobre el estoicismo con su artículo «*As virtudes sociais no pensamento do filósofo e imperador, Marcus Aurelius*» donde se evidencia la plasmación política de las ideas estoicas.

---

<sup>1</sup> V. <<https://www.revuedesdeuxmondes.fr/>>, [09/06/2023].

